Josan Hatero

Ilustraciones de **Inma Almansa**

LA GUERRA DE NICO

PREMIO edebé DE LITERATURA INFANTIL



Con actividades para poner en marcha tu imaginación

LA GUERRA DE NICO

edebé

Josan Hatero
Ilustraciones de **Inma Almansa**

LA GUERRA DE NICO

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

Obra ganadora del Premio Edebé de Literatura Infantil según el veredicto del Jurado compuesto por: Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Antonio G. Iturbe, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro. Actuó como secretaria del Jurado: Conchi Marín.

© Texto: Josan Hatero, 2024
© Ilustraciones: Inma Almansa, 2024

© Edición: Edebé, 2024
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinadora de Producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de cubiertas: Aurora Iraita

ISBN: 978-84-683-7229-7

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Dedicado a la memoria de mi padre.

Capítulo uno

Los soldados vinieron a buscarlo un domingo a finales de verano. Nico llevaba toda la mañana nadando y tratando de pescar cangrejos con Minerva. El colegio comenzaba al día siguiente y los dos sentían que debían aprovechar el tiempo, como si temieran que el río no fuera a seguir ahí el siguiente fin de semana.

El abuelo de Nico le había enseñado a nadar en ese mismo río siendo muy pequeño, y desde entonces era su lugar favorito. Los meses de frío le gustaba pasear por su orilla, la tranquilidad que allí había. Pero en cuanto llegaban los días cálidos de la primavera, se ponía el bañador y se lanzaba al agua. Tanto le gustaba nadar que su madre a menudo le llamaba «niño pez» y, riendo, decía que cual-

quier mañana iba a despertar con aletas y cubierto de escamas.

Ese domingo que Nico pronto recordaría con añoranza, Minerva le estaba acusando de ser gafe.

—El otro día vine sola y pesqué ocho cangrejos, todos tan grandes como una mano. Y hoy, ninguno. Así que seguro que eres gafe.

—¿Pescaste ocho cangrejos? —preguntó Nico admirado.

Minerva se rio al tiempo que daba palmadas a la superficie del agua.

—Me estás tomando el pelo otra vez —dijo Nico.

—Es que te lo crees todo, Nico. ¿Y sabes por qué? Porque no sabes mentir.

—¿Y tú sí? Pues no creo que sea algo de lo que debas estar orgullosa.

—Mira, soldados —dijo Minerva señalando el viejo puente de piedra.

—Sí, claro, soldados.

Minerva le puso las dos manos en los hombros y le animó a volverse.

Allí estaban, tres soldados cruzando el puente.

La guerra había estallado hacía más de cuatro años, pero la mayoría de los días Nico no se acordaba del conflicto. El frente estaba muy lejos, a muchísimos kilómetros de su pueblo, en otro país. A veces su madre, retorciéndose las manos, le contaba que a algún vecino le había llegado una carta llamándolo a filas o que algún joven de la zona había regresado herido. Pero nunca había visto a tres militares uniformados y con los fusiles al hombro allí, en su pueblo.

Uno de los soldados, al que Nico reconoció como sargento por la insignia amarilla que lucía en el brazo, llevaba un gran mapa en las manos. El sargento se detuvo. Miró primero el mapa y luego el paisaje buscando coincidencias. No parecía muy convencido. Al ver a Nico y a Minerva flotando bocarriba, se apoyó en el murete y les gritó:

—¿Cómo se llama este río?

—Es el río Sin Nombre —contestó Minerva.

—¿Qué haces? —susurró Nico.

No podía creer que su amiga hubiera mentido a unos militares.

El sargento miró a sus dos soldados como si no creyera lo que acababa de oír.

—¿El río no tiene nombre? —preguntó.

—Sí que lo tiene. Su nombre es Sin Nombre —insistió en su embuste Minerva—. A su paso por otros pueblos lo llaman de otra manera, pero aquí no se pusieron de acuerdo y lo dejaron así.

Nico se mojó la cara para evitar reírse.

El sargento negó con la cabeza, no tenía tiempo para historias, y volvió a preguntarles:

—¿Sabéis dónde está la calle Pintores?

—Es mi calle —contestó Nico. Y era cierto—. Puedo acompañarlos si quieren.

El sargento asintió y con un gesto de las manos le apremió para que se apresurara.

Nico y Minerva nadaron hasta la orilla. Ahora ambos sentían curiosidad por saber qué se traían entre manos los soldados. Sin apenas secarse, se pusieron sus camisetas y sandalias



y subieron al encuentro de los militares con sendas toallas blancas sobre los hombros.

Al acercarse, Nico observó que los tres uniformados estaban sudorosos y polvorientos, parecían agotados. El pueblo de Nico y Minerva era tan pequeño que no llegaba el tren y la carretera que lo cruzaba aún era de tierra. Los soldados debían de haber venido caminando los catorce kilómetros que lo separaban de la estación más cercana. El sargento era mayor que los otros dos y lucía un fino bigotillo rubio.

—Es por aquí —dijo Nico.

—¿Vienen a llevarse a alguien o traen malas noticias? —preguntó Minerva—. Mi madre dice que los militares solo vienen a tu casa para darte un disgusto.

Nico miró a su amiga con admiración. Minerva no parecía temerle a nada. En ese momento, su cabello ondulado y salvaje estaba mojado y se veía más largo y oscuro que nunca.

El sargento no contestó a la niña. Eso molestó a Nico, que se animó a preguntar:

—¿A qué número de la calle Pintores van?

—Al treinta y uno.

Nico se detuvo al instante, como si alguien le hubiera dado un manotazo en el pecho.

—Es tu casa —susurró Minerva, como si Nico no lo supiera, como si compartiera con él un peligroso secreto.

El sargento miró a Nico con impaciencia.

—Vamos, chico, estamos en una misión oficial —le dijo.

Nico reemprendió el camino, cabizbajo. En su casa solo vivían su madre y él. Por entonces no reclutaban a las mujeres y él era muy joven para ser llamado a filas. Por tanto, dedujo, eso significaba que traían una carta con una mala noticia. Y la primera posible mala noticia que vino a su mente fue que su padre había muerto en combate.

Capítulo dos

Nico no tenía ningún recuerdo de su padre. Este los había abandonado cuando él aún no había cumplido un año y nunca lo había vuelto a ver.

Cuando era más pequeño, Nico le preguntaba a su madre por qué su padre los había dejado, y ella siempre le contestaba que no lo sabía.

—Pero lo que sí sé es que no es culpa tuya, niño pez. Simplemente es que hay personas que no han aprendido a querer, y me parece que tu padre es una de ellas.

A veces, Nico imaginaba que su padre iba por el mundo formando familias para ver si aprendía a querer a alguna de ellas, pero, como no lo conseguía, las abandonaba. Le gustaba esa idea. Era mejor que pensar que su padre

se había ido porque no soportaba estar con él y con su madre. Además, si fuera cierto que su padre iba formando familias, Nico tendría un montón de medio hermanos y hermanas con los que tal vez se cruzaría algún día.

Con el paso de los años Nico no había olvidado que tenía un padre, aunque apenas pensaba en él. Sabía que andaba por alguna parte y a veces imaginaba que volvía a casa, siquiera fuera solo un rato para charlar con él. Sin embargo, ahora, de camino a su casa acompañando a los soldados, notaba que le faltaba el aire. Era como si le fueran a devolver a su padre durante un instante para luego arrebatárselo de golpe para siempre.

—Te has quedado pálido —le dijo Minerva al tiempo que le agarraba la mano.

Ella y Nico eran amigos desde pequeños, tenían la misma edad, pero nunca se habían cogido de la mano. Nico se sonrojó, y también se sintió un poco mejor. Con solo mirarle la cara, su amiga había intuido que necesitaba apoyo.